

Encuentra el lugar al que perteneces...

NOTICIAS DEL GRAN MUNDO

La novela que inspiró la película protagonizada por Tom Hanks



PAULETTE
JILES

La novela que inspiró la película protagonizada por Tom Hanks.

Concluida la guerra de Secesión, el capitán Jefferson Kyle Kidd se dedica a viajar por el norte de Texas leyendo artículos de prensa a un público ávido por conocer las noticias del mundo. Les habla de presidentes y reinas, de luchas gloriosas, devastadoras catástrofes y apasionantes aventuras que tienen lugar en cualquier rincón del orbe.

El capitán Kidd, un viudo entrado en años que ha vivido tres guerras y combatido en dos, disfruta de su solitaria y desarraigada existencia cuando le ofrecen una moneda de oro por devolver a una niña huérfana que había sido capturada por los kiowas a sus parientes en San Antonio. El viaje al sur a través de cuatrocientas millas de inhóspito territorio va a ser difícil y peligroso. Johanna, que ha olvidado incluso su lengua, piensa en escapar apenas se le presente oportunidad y elude comportarse de modo «civilizado». No obstante, a medida que progresan en su travesía, los dos extraños supervivientes comienzan poco a poco a confiar el uno en el otro, forjando un vínculo entre ellos que, en tierra hostil, supone la diferencia entre la vida y la muerte.

A las amigas hechas en los largos caminos:
Susan, June, April, Nancy, Caroline,
Wanda, Evelyn y Rita Wightman Whippet.

UNO

WICHITA FALLS, TEXAS, INVIERNO DE 1870

El capitán Kidd desplegó el *Boston Morning Journal* sobre el atril y comenzó a leer el artículo acerca de la decimoquinta enmienda. Había nacido en 1798. Ya transcurridos cinco años desde que concluyese la tercera guerra de su vida, y aunque esperaba no volver a ver otra, lo cierto era que las noticias del mundo lo estaban envejeciendo más aprisa que el propio paso del tiempo. No obstante, continuaba realizando sus rondas a pesar de los fríos chaparrones primaverales. En otro tiempo fue impresor, pero la guerra le había arrebatado su imprenta y todas sus pertenencias. La economía de la Confederación se había desmoronado antes incluso de firmar la rendición, razón por la cual acabó ganándose la vida en el norte de Texas, deambulando de una ciudad a otra con sus revistas y periódicos en una carpeta impermeable y las solapas de su abrigo subidas para protegerse de la intemperie.

Montaba un caballo excelente; le preocupaba que alguien intentase quitárselo pero, por el momento, no había tenido problemas. Llegó a Wichita Falls el día 26 de febrero, recorrió la población clavando sus carteles con chinchetas y en la propia caballeriza cambió su atuendo de viaje por el de lector. Fuera caía un ruidoso aguacero, pero él tenía una voz muy potente.

Sacudió las páginas del *Journal*.

—La decimoquinta enmienda —leyó—, ratificada el 3 de febrero de este año, 1870, concede el derecho a sufragio a todos los hombres cualificados para acudir a las urnas, sin distinción de raza, color o previa situación de servidumbre. —Levantó la vista del texto. Sus lentes de lectura reflejaron la luz. Se inclinó ligeramente sobre el atril—. Eso va por los caballeros de color —dijo—. Señores, dejemos para otro momento las fanfarronadas y los grititos femeninos. —Movié la cabeza para escrutar los rostros vueltos hacia él—. Los estoy oyendo cuchichear. Basta ya —dijo—. Odio los cuchicheos.

Los atravesó con la mirada y añadió:

—Lo siguiente es... —El capitán desplegó otro periódico—. La última edición del *New-York Tribune*. Según dice aquí, un ballenero ha informado de que el *Hansa*, un barco de exploración polar, se hundió tras colisionar contra la banquisa en su intento por alcanzar el Polo Norte; el naufragio tuvo lugar a setenta grados de latitud norte, frente a la costa de Groenlandia. El artículo no dice nada de posibles supervivientes. —Pasó la página, impaciente.

El capitán tenía un rostro de ángulos rúnicos, perfectamente rasurado. Su cabello era absolutamente

blanco, y todavía se erguía con sus seis pies de altura. El pelo brillaba bajo el cálido haz de luz procedente del foco de la lámpara de lectura. Cargaba un revólver Slocum de cañón corto en una funda riñonera sujeta a la pretina. Se trataba de un arma de cinco disparos, calibre 32, que nunca había llegado a gustarle del todo pero que, a decir verdad, apenas había empleado.

Entre las cabezas descubiertas vio las de Britt Johnson y sus hombres, Paint Crawford y Dennis Cureton, en la pared del fondo. Eran negros libres. Britt se ganaba la vida como transportista y los otros dos trabajaban para él. Sujetaban los sombreros en la mano y todos tenían uno de sus pies, calzados con botas, apoyado en la pared a sus espaldas. El habitáculo estaba lleno. Era un espacio ancho y despejado, utilizado como lanero, centro de reuniones comunales y, por gente como él, como sala de espectáculos. Casi todos los asistentes eran hombres, y casi todos blancos. La lámpara emitía una luz áspera en un aire oscuro. El capitán Kidd viajaba con sus periódicos por el norte de Texas, yendo de una ciudad a otra para leer en salas o iglesias las últimas noticias en asambleas como aquella, al precio de diez centavos por cabeza. Viajaba solo y no tenía a nadie que recogiese las monedas, pero tampoco había mucha gente que lo intentase engañar, y si alguien lo hacía y era sorprendido, entonces alguno de los asistentes lo agarraba por las solapas y le daba unas buenas sacudidas diciéndole: ¡Eh! Deberías pagar los malditos diez centavos como hace todo el mundo, así que ya sabes.

Y acto seguido una moneda tintineaba en la lata de pintura.

Alzó la mirada y vio a Britt Johnson levantando un índice hacia él. El capitán respondió a la señal haciendo un breve gesto de asentimiento y completó su lectura con un artículo del *Philadelphia Inquirer* acerca de un físico británico llamado James Maxwell y sus teorías sobre las perturbaciones electromagnéticas en el éter, cuyas longitudes de onda eran mayores que la radiación infrarroja. Eso era para aburrir al público, amansarlo y llevarlo a un estado de impaciencia por marchar... Marchar en paz. Se había vuelto menos paciente con los problemas y las emociones ajenas. Su vida le parecía adusta, amarga y, en cierto modo, malograda; hacía poco que ese pensamiento había comenzado a rondar por su cabeza. Una lenta monotonía había penetrado en él como el gas del alumbrado y no sabía qué hacer al respecto, aparte de buscar soledad y silencio. Últimamente siempre se sentía impaciente por concluir sus lecturas.

El capitán dobló los periódicos y los guardó en la carpeta. Se inclinó a su izquierda y apagó la lámpara soplando en el foco. Mientras atravesaba la congregación, la gente extendía sus brazos hacia él para estrechar su mano. Un hombre de cabello claro lo observaba sentado. Con él estaban dos indios, o quizá mestizos; el capitán sabía que pertenecían a la tribu caddo y que no eran gente de reputación encomiable. El individuo rubio se volvió en la silla para clavar su mirada en Britt. Algunos de los presentes se acercaron al ca-

pitán para agradecerle la lectura y preguntarle por sus hijas, ya mayores. El capitán asentía con la cabeza, diciendo: No están mal, no están mal... Mientras, se abría paso hacia Britt para ver qué quería.

El capitán Kidd pensaba que sería algo relacionado con la decimoquinta enmienda. Pero no.

—Capitán Kidd, señor, ¿podría acompañarme? —preguntó Britt, irguiéndose mientras se llevaba el sombrero a la cabeza, al igual que Dennis y Paint. Y añadió—: Tengo un problema en la carreta.

La niña parecía tener unos diez años y estaba ataviada al estilo indio, con un vestido recto de piel de ciervo que lucía cuatro filas de dientes de wapití cosidos en la pechera. Una gruesa manta le cubría los hombros. Tenía el cabello del color del azúcar de arce y dos moños bajos sujetaban sus bucles con minúsculas agujas; entre ellos pendía en diagonal una rémige de águila real atada con un hilo delgado. Estaba sentada, guardando una compostura perfecta, y lucía la pluma y un collar de abalorios de cristal como si fuesen preciados ornamentos. Tenía los ojos azules y su tez mostraba ese extraño color brillante que adopta la piel clara cuando está quemada y curtida por el sol. Su rostro no era más expresivo que una castaña.

—Ya veo —dijo el capitán—. Vaya, vaya...

Llevaba una gruesa bufanda de lana alrededor del cuello y las solapas de su abrigo negro subidas para protegerse del frío y la lluvia. Su respiración nasal se condensaba formando nubes de vapor. Se mordió el labio inferior cerca de la comisura izquierda y reflexio-

nó sobre lo que estaba viendo bajo la luz del quinqué que sostenía Britt. Por alguna extraña razón, aquello hacía que se le erizase la piel.

—Estoy asombrado —añadió—. Esta niña parece de mal fiar, además de malvada.

Britt había hecho retroceder una de sus carretas hasta situarla bajo la marquesina del pasaje a la caballeriza. No cabía por completo. La mitad delantera de la carreta y el asiento del mayoral resonaban con el fuerte repiqueteo de la lluvia, envueltos en brillantes rociadas de agua. La mitad posterior se encontraba a cubierto y allí estaban ellos, en pie, contemplando a la niña como suele hacer la gente al descubrir que su celada ha atrapado algo raro y probablemente peligroso, algo totalmente ignoto cuya taxonomía desconocen por completo. La niña estaba sentada sobre un fardo de camisas militares. Sus ojos reflejaban un pálido y cristalino brillo azul bajo la luz de la lámpara. Los observaba; observaba cada movimiento, cada gesto de sus manos. Sus ojos se movían, pero su cabeza permanecía quieta.

—Sí, señor —dijo Britt—. Saltó un par de veces de la carreta desde que salimos de Fort Sill. Según ha podido averiguar el agente Hammond, se trata de Johanna Leonberger, raptada hace cuatro años, cuando tenía seis, cerca de Castroville. Allá abajo, por la zona de San Antonio.

—Sé dónde está —apuntó el capitán Kidd.

—Claro, señor. El agente indio me dio todos los detalles. Si de verdad es ella, entonces tendrá unos diez años.

Britt Johnson era un hombre alto y fuerte, pero observaba a la niña con expresión insegura y desconfiada. Se mostraba cauteloso con ella.

Me llamo Cigarra. Mi padre se llama Remolino. Mi madre es Tres Lunares. Quiero ir a casa.

Pero no la oían, porque no hablaba en voz alta. En su mente, la musicalidad tonal de las palabras kiowas zumbaba como una colmena.

—¿Saben quiénes son sus padres? —preguntó el capitán Kidd.

—Sí señor, sí que lo saben. O al menos según pudo deducir por la fecha en la que fue raptada. Me refiero al agente indio. En el asalto mataron a sus padres, y también a su hermana pequeña. El agente tenía un papel de sus parientes, Wilhelm y Anna Leonberger; sus tíos. Y me dio una moneda de oro de cincuenta dólares por devolverla a Castroville. La familia se la había enviado a través de un comandante de San Antonio destinado al norte. Tenía que entregarla a alguien como pago por devolverla a casa. Le dije que yo la sacaría del territorio indio y que la llevaría al otro lado del río Rojo. No fue fácil. Casi nos ahogamos. Eso fue ayer.

—La corriente ha crecido dos pies desde ayer —comentó el capitán.

—Lo sé.

Britt se irguió, con un pie apoyado en la barra de enganche. El quinqué ardía emitiendo una luz vacilante sobre el ballestón y alumbraba el interior de la galería como si revelase una figura extraña en el interior de una tumba.

El capitán Kidd se quitó el sombrero y sacudió el agua acumulada en sus alas. Britt Johnson había rescatado al menos a cuatro cautivos en poder de los pieles rojas. De los comanches, de los kiowas y una vez de los cheyenes, más al norte, en Kansas. En 1864, seis años atrás, raptaron a su esposa y sus dos hijos, pero Britt salió en su busca y los rescató. Nadie supo exactamente cómo lo había conseguido. Al parecer, contaba con alguna clase de protección celestial cuando partió a caballo, y solo, para aventurarse en las ondulantes llanuras de la cuenca del río Rojo, un lugar que llamaba al peligro y llevaba a la muerte. Britt, un hombre de piel oscura, astuto, fuerte y rápido como un chotacabras volando a medianoche, había asumido la tarea de rescatar a otros; pero no iba a devolver a esa niña a sus parientes ni siquiera por cincuenta dólares de oro.

—¿Y por qué no va usted? —preguntó el capitán Kidd—. Ya ha llegado hasta aquí. Y cincuenta dólares en oro es una suma respetable.

—Supuse que podría encontrar a alguien que la llevara —respondió Britt—. Llegar hasta allá son tres semanas de ida, y otras tres de vuelta. No tengo ningún transporte que hacer por allí.

Paint y Dennis asintieron tras él. Cruzaron los brazos, cubiertos con sus pesados chubasqueros de lona encerada. Largos y brillantes regueros de agua corrían por el suelo de la caballeriza recogiendo la luz de la lámpara como una brillante mancha; mientras, la marquesina se sacudía bajo la percusión de goterones gruesos como garbanzos.

—No ganaríamos ni un centavo durante esas seis semanas —intervino Dennis Crawford, delgado como una araña.

—A menos que consiguiésemos algo para cargar hasta acá —terció Paint.

—Cierra el pico, Paint —espetó Dennis—. ¿Acaso no sabes cómo son por ahí abajo?

—Bueno, vale —contestó—, ya te entiendo.

—Pues así están las cosas —dijo Britt—. No puedo dejar el transporte durante tanto tiempo. Tengo encargos que entregar. Y hay algo más, verá... Si me cogen llevando a esta niña me meteré en un buen lío. —Miró al capitán directamente a los ojos y añadió—: Es una niña blanca. La llevará usted.

El capitán Kidd palpó el bolsillo de su camisa buscando el tabaco. No lo encontró. Britt lio un cigarrillo, se lo ofreció y después prendió una cerilla con su manaza. El capitán no había perdido a ningún hijo en la guerra, y no había perdido a ningún hijo porque tenía hijas. Dos. Conocía a las niñas. No conocía a los indios, pero conocía a las niñas; y lo que había en la expresión de aquella chiquilla era desprecio.

—Encuentre a una familia que vaya en esa dirección, Britt —dijo—. A alguien que la colme de dulzura y luz, y que le dé charlas sobre buena conducta.

—Buena idea —asintió Britt—. Ya se me había ocurrido.

—¿Y entonces? —El capitán Kidd exhaló una bocanada de humo. Los ojos de la niña no la siguieron. Nada podía apartar su mirada de los rostros de aquellos hombres, de las manos de aquellos hombres. Tenía los pómulos salpicados de pecas y sus dedos eran

regordetes como trompas terminadas en unas uñas cortas y renegridas.

—No fui capaz de encontrar a nadie. Es difícil encontrar a alguien a quien confiar un asunto como este.

El capitán asintió.

—Pero ya ha entregado niñas antes —dijo—. La de los Blainey, por ejemplo. Usted la devolvió.

—No fue un viaje tan largo. Además, no conozco a las gentes de allí abajo. Usted sí.

—Sí, claro, comprendo.

El capitán Kidd había vivido unos cuantos años en San Antonio; se había casado con una muchacha perteneciente a una antigua familia del lugar y conocía las costumbres, conocía a la gente. En el norte y el oeste de Texas había muchos negros libres que trabajaban, sobre todo, como transportistas, exploradores y vigilantes; y luego, concluida la guerra, se había formado el 10º regimiento de caballería, constituido exclusivamente por negros. Sin embargo, el grueso de la población todavía no había asimilado la idea de que hubiese negros libres. Era una situación fundente. Y entiéndase por fundente una sustancia que se mezcla con otra para facilitar la fusión de esta; una sustancia inestable y potencialmente inflamable.

—Puede pedirle al ejército que la entregue —propuso el capitán—. Se hacen cargo de los cautivos.

—Ya no —respondió Britt.

—¿Qué habría hecho si no me hubiese encontrado?

—No lo sé.

—Acabo de llegar de Bowie. Podría haber ido al sur, a Jacksboro, por ejemplo.

—Vi sus carteles al llegar —dijo Britt—. Estaba predestinado.

—Una cosa más... Quizá debiera volver con los indios. ¿Qué tribu la raptó?

—Kiowa.

Britt también fumaba. Zangoloteaba el pie que tenía apoyado sobre la barra de enganche mientras expulsaba fumaradas de humo azulado por las narinas y miraba a la niña. La pequeña le devolvía la mirada. Eran como dos enemigos mortales incapaces de apartar la vista el uno del otro. Las incesantes rociadas de lluvia repiqueteaban sobre el suelo de la calle y una neblina de finísimas gotas de agua envolvía los tejados de las casas de Wichita Falls.

—¿Y?

—Y los kiowas no la quieren —prosiguió Britt—. Por fin se han dado cuenta de que lo único que consiguen teniendo cautivos blancos es que los muchachos de la caballería los vapuleen. El agente indio los amenazó con quitarles sus raciones y enviar al 9° y 12° tras ellos. Fue entonces cuando la trajeron y la entregaron a cambio de quince mantas de la bahía de Hudson, de esas que tienen cuatro rayas, y una vajilla de plata. En realidad, alpaca. La utilizan para hacer pulseras. La entregó la banda de Cuervo Silencioso. Su madre le abrió los brazos con un cuchillo; podías oírla llorar a una milla de distancia.

—Su madre india.

—Sí.

—¿Estuvo usted?

Britt asintió.

—Me pregunto si se acuerda de algo. De cuando tenía seis años.

—No —dijo Britt—, de nada.

La niña continuaba sin moverse. Hacía falta tener mucha fortaleza para permanecer sentada e inmóvil durante tanto tiempo. Estaba muy erguida sobre un paquete de arpillera estarcido con el nombre de Fort Belknap, lleno de camisas militares. A su alrededor había cajas de madera con palanganas esmaltadas, puntas, lenguas de ciervo ahumadas envueltas en grasa, una máquina de coser en su contenedor y sacos de azúcar de cincuenta libras. Su rostro redondo parecía rígido bajo la luz de la lámpara, sin sombras ni rastro de suavidad. Era como si estuviese tallado en madera.

—¿Habla nuestro idioma?

—Ni una palabra —respondió Britt.

—¿Y entonces cómo sabe que no se acuerda de nada?

—Mi hijo habla kiowa. Lo tuvieron cautivo un año.

—Ah, sí, es verdad.

El capitán Kidd sacudió sus hombros bajo el pesado abrigo impermeable. Era negro, como su levita, su chaleco, sus pantalones, su sombrero y sus botas de punta redonda. Su camisa había sido lavada con agua hirviendo y lejía, y planchado por última vez, en Bowie; era una bonita prenda de algodón, blanca y adornada con una lira bordada en seda, también blanca. Hasta entonces había aguantado. Pero precisamente algunas pequeñeces como esa lo deprimían; por ejemplo, el modo en que poco a poco se deshilachaban todos sus remates.